

LA UNIVERSIDAD Y LA PAZ

Durante más de cincuenta años, Colombia ha intentado alcanzar la paz mediante negociaciones con diferentes grupos guerrilleros, con el ánimo de superar un ancestral conflicto armado. Como la última negociación ha dividido en forma radical el país, es sorprendente que la búsqueda de la paz no sea un proyecto conjunto de los ciudadanos, como sería lo deseable. Y es notorio que, a pesar de este esfuerzo, continúa en 2021 una violencia de enorme intensidad que sigue dejando un gran número de víctimas en diferentes regiones y que causa espanto en ámbitos internacionales.

La situación actual exige la participación de instituciones públicas, entidades de derecho privado y todos los ciudadanos de buena voluntad, cada cual desde su lugar de acción por pequeño que sea, en procura de una reconciliación nacional que haga todo lo posible por parar el abrumador desangre. Ciertos desarrollos recientes permiten albergar esperanza, como son la necesidad de conocer la verdad, la recuperación de la memoria y, sobre todo, el reconocimiento y atención preferencial que merecen las muchas víctimas con respecto a verdad, justicia, reparación y no repetición.

La universidad de origen estatal no ha estado ausente. Por ejemplo, la Universidad Nacional de Colombia creó en la década pasada un Grupo de Apoyo y Seguimiento al Proceso de Negociación y de construcción de Paz, lo cual ocurrió durante las conversaciones con las FARC. Se definió como un centro de pensamiento con el objeto de elaborar documentos de política pública relacionados con la agenda de diálogo, tales los casos de desarrollo agrario e integral, participación política, fin del conflicto, solución al problema de las drogas ilícitas y víctimas y verdad; constituir espacios de reflexión y debate que no solo convocaran a la academia, sino también a los diversos sectores de la sociedad civil; y realizar un seguimiento a la negociación misma.

Por su parte, la Universidad de Antioquia creó en 2018 la Unidad Especial de Paz, en la actualidad dirigida por Hugo Alberto Buitrago Montoya, con la finalidad de generar propuestas encaminadas a mejorar las condiciones de vida en los territorios que padecieron el conflicto armado. La nueva dependencia “buscará gestionar, fortalecer, promover, articular y difundir las iniciativas en docencia, investigación y extensión de la Universidad que aportan a la construcción de paz en Antioquia y Colombia.”

La iniciativa anterior tendrá un hito en el mes de marzo de 2021, cuando se presentará el libro titulado *Hacia la paz. Ideas y conceptos para una discusión urgente*, el cual consta de las siguientes tres partes: “*Friede*. Una historia del concepto sociopolítico de paz”, del autor alemán Wilhelm Janssen; “¿En doscientos años los colombianos solo hemos arado en el mar?

Paz y esperanza para una nueva Colombia”, de Juan Guillermo Gómez García; y “La Universidad de Antioquia y la construcción de paz, en busca de un horizonte de reflexión y acción institucional”, un documento de la propia Unidad Especial de Paz. La introducción, traducción y edición del libro estuvo a cargo de Luis Fernando Quiroz Jiménez.

La publicación tiene una bella y esperanzadora dedicatoria:

A las víctimas del conflicto armado colombiano
A quienes se esfuerzan por la paz, día a día
A quienes pronto también lo harán

En la primera parte del libro, el profesor Janssen se ocupa de estudiar la historia de la palabra *Friede* (paz en alemán) mediante un riguroso y documentado recorrido que muestra su empleo y significado en diversos momentos y ámbitos, al igual que su correspondencia en otras lenguas, muy en especial con la voz latina *pax*. Bien expresiva es la cercanía etimológica de ese sustantivo con las palabras *frei* (libre) y *Freund* (amigo). Hacia el final, el autor se ocupa del panorama actual para destacar el encomio que de la guerra hicieron algunos Estados como una afirmación de sentido nacionalista, lo que sería un componente del fascismo en el siglo XX; fue inicialmente una guerra interestatal que no cuestionaba el valor de la paz intraestatal para la guarda de la tranquilidad y seguridad públicas, pero que luego aparecería la violencia como parte de una lucha interna que anuló el sentido del Estado moderno como una unión incondicional de paz. Señala el libro que ese texto proporciona un brillante ejemplo para que en la lengua española se haga lo propio con un concepto que nos ha sido tan esquivo desde la Conquista.

El profesor Juan Guillermo Gómez García nos ofrece en la segunda parte una visión histórica de los conflictos y los diferentes tipos de violencia que ha padecido el país, desde las guerras civiles del siglo XIX hasta la más contemporánea, tanto en Colombia como en Antioquia, todo ello con el fin de colaborar en el entendimiento de la situación actual y en la construcción de escenarios de futuro. Pone de presente aspectos ejemplares de Simón Bolívar y la lucha por la Independencia, seguido de hitos trascendentales que han venido configurado nuestros caminos de la guerra y de la paz. En otros apartados centrales incluye comentarios sobre el desarrollo del acuerdo de paz con las FARC, el crucial informe de memoria histórica *¡Basta ya!* y cómo los desgarradores testimonios de las víctimas, con su fuerza moral auto reivindicativa, proporcionan aliento y esperanza para sostener el proceso de paz. En los párrafos finales, el artículo secunda los esfuerzos de la Universidad de Antioquia en su apuesta por la paz, en particular su empeño de apoyar los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, en los cuales se llevan a cabo actividades que facilitan la reincorporación de exguerrilleros de las FARC y que pueden aportar a las comunidades aledañas. Considera el profesor Gómez García que los compromisos de la Institución con la

paz muestran un poder espiritual posbélico y antibélico que debe ser una marca del *ethos* universitario.

En la última parte del libro, la Unidad Especial de Paz se refiere a la responsabilidad de la Institución en la construcción de la paz; a su deber de propiciar diálogos y debates sobre este trascendental tema; y al imperativo de que ella no puede ser ajena a las transformaciones urgentes que requieren las comunidades más abandonadas y alejadas de nuestra vasta geografía. A este respecto, se señala que es fundamental adoptar una perspectiva territorial para acercarse a las víctimas del campo, para lo cual es oportuno anotar que la Universidad cuenta con las sedes territoriales que ha venido impulsando en los últimos años. Además, la Universidad tiene un Norte a partir de su Plan de Acción Institucional 2018-2021, orientado hacia la construcción de una Institución de excelencia para el desarrollo integral, social y territorial.

En efecto, el conocimiento, los estudios, la capacidad intelectual y los recursos de todo orden que posee o puede adquirir la Universidad de Antioquia son fundamentales para entender nuestra historia, interpretar hechos, esclarecer los problemas en la búsqueda de la paz, colaborar con soluciones a los acuciantes problemas de muchas comunidades... A propósito, escribe el rector de la Institución, John Jairo Arboleda Céspedes, en un informe sobre la gestión de 2019, que la “...búsqueda constante de conocimiento es la que nos lleva, a través de la investigación, a responder con soluciones a los problemas que enfrentan la sociedad, sus individuos, comunidades y las instituciones y empresas que día a día trabajan para promover el desarrollo humano, productivo y social. En esas soluciones entregamos valiosos aportes a la transformación de las realidades sociales, descubrimientos y avances en las ciencias naturales, sociales y de la salud; en la ingeniería, las artes, las humanidades, el derecho, la economía y los estudios regionales.”

Vale la pena una cita central de esta tercera parte: “Una paz territorial, entonces, se construye en los territorios, con sus gentes, con sus conflictos; en un proceso de sentidos que congregue al accionar y la participación política a favor de la paz, a su vez que a la concentración de esfuerzos en la transformación de condiciones objetivas implicadas en las causas y las consecuencias de la guerra.” Aquí encontramos una auténtica dimensión de la tercera misión de la Universidad, la extensión, no siempre a la altura de las otras dos, docencia e investigación. Y conviene mencionar que se trata de una tarea de doble vía, ya que los profesores y estudiantes aprenden del saber y la realidad política y social de unas comunidades con las cuales están ellos interactuando.

Por otro lado, es lamentable que haya hecho carrera una afirmación según la cual la universidad es un reflejo de la sociedad. No puede ser así. Una institución más antigua que el Estado-nación, con el poder del conocimiento que se genera cuando se reúnen maestros

y discípulos con voluntad de saber, y con la fuerza espiritual que se deriva de la interacción de las ciencias, el arte y las humanidades, debe ser más bien un faro que irradie su *ethos* a la sociedad, que sea un ejemplo de convivencia e inclusión.

Para que la universidad pueda contribuir a la construcción de paz, es necesario que propicie la paz en su interior. En un país que no cultiva la cultura de la discusión argumentada, ni la cultura de la crítica, ni menos la cultura de la autocrítica, la Institución debe dar el ejemplo de que es posible superar o transformar los conflictos mediante el diálogo, aceptar la controversia en una discusión ilustrada, reconocer que la crítica y la autocrítica son esenciales en la búsqueda del conocimiento, eliminar los insultos y, sobre todo, rechazar el empleo de la violencia.

Para terminar, una precisión sobre los tipos de conflicto que ha vivido Colombia en las últimas décadas. Se indica con frecuencia, tanto nacional como internacionalmente, que el país ha vivido una guerra civil, lo cual no es cierto. Como su nombre lo indica, este tipo de guerra exige la participación de la sociedad civil en un enfrentamiento en el cual una parte significativa de la sociedad se enfrenta a otra parte significativa de la misma. En nuestro caso, la participación de la sociedad civil ha sido principalmente como víctima. Comparado con la población general, es mínimo el porcentaje de ciudadanos que han tomado las armas o se han convertido en combatientes. Buenos ejemplos al respecto son la guerra civil o de cesión en Estados Unidos (1861-1865) y la guerra civil en España (1936-1939).

Darío Valencia Restrepo

Medellín, marzo de 2021